

X

El caballero de la fe

Danilo pasó la noche orando. Ahora tenía de veras la convicción de que Dios y la Virgen le habían confiado una misión en la vida: Redimir a la madre.

Prefirió consultarlo con el casi nonagenario Teófilo que, dicho sea de paso, se veía siempre lúcido, jovial y seráfico.

Lisetta se mostraba impaciente y sufrió una terrible desilusión cuando supo que la carta no era de Renato Sant'Elmo.

El asunto fue tema de sobremesa.

—Léenos la carta de Rosina —propuso Teófilo.

Danilo no se atrevía a leerla frente a las primas. Pensó que lo mejor era exponerles el contenido. La forma escueta, sin ambages y poco escrupulosa de la carta le parecía un insulto a la religiosidad de la familia. Tenía un alto concepto de los abuelos Giovanni y Teodorina. No comprendía por qué motivo esta última había aceptado despreocupadamente y en forma irresponsable servir de mediadora remitiéndole para sus estudios eclesiásticos un dinero suciamente prostituido. Se sentía avergonzado de los insultos y las insinuaciones de incesto o, por lo menos, de proclividad incestuosa que la mamá afirmaba contra el **nonno**.

—No te hagas muchas ilusiones sobre **mio figlio** Giovannino —dijo el anciano Teófilo.

—No ha sido nunca muy honesto —dijo Lisetta.

—Deja que hable al abuelo —dijo Norina.

Ambas llamaban **nonno** a Teófilo por constumbre, pero la afinidad entre ellas y él era distinta. Hijas de dos parientes jóvenes, habían quedado huérfanas desde el conflicto bélico del catorce. Como vivían con Teófilo desde mucho antes, él siguió criándolas. Lo ayudaban y le servían de compañía.

—Teodorina fue un regalo de Dios —dijo Teófilo—. Me la encontré en la iglesia, abandonada, casi recién nacida. Mi hijo Giovanni cumplía apenas cinco años cuando murió mi esposa sin concederme una hija. Por fortuna Dios no olvidó mi anhelo pues Él jamás se olvida de nosotros. Cuando vi el bulto aquel sobre una banca y, al acercarme, me di cuenta de que era una criatura, pensé que a lo mejor la madre se habría olvidado de ella por ebriedad o por descuido. Aquí en Pauslipo no debe uno extrañarse de nada. Busqué entre sus pañales y hallé una nota. La niña era ofrecida al Santísimo. Y comprendí que Dios me encomendaba la misión de cuidarla, de hacerme cargo de ella. El Señor había escuchado mi ruego. Aquella niña era un donde de Dios. Por tal razón, al adoptarla, la bauticé con el simbólico nombre de Teodora. Giovannino y Teodora crecieron juntos en la iglesia. Cuando volvían de sus colegios, me ayudaban, barrían la iglesia, tocaban las campanas, hacían las hostias. A Giovanni daba gusto verlo officiar de monaguillo con su sotana roja y su blanco sobrepelliz. Yo hasta llegué a pensar que estudiaría para sacerdote ya que yo mismo no había podido serlo. Yo estaba convencido de su aparente misticismo. Siempre he sido romántico, inocente e ingenuo. Jamás nos damos cuenta de qué manera brusca crecen de pronto los muchachos. Giovannino lo que menos pensaba era en la iglesia. Después supe que nació para ser un perdulario. Sedujo a Teodorina a mis espaldas y casi ante mis propias narices. El muy bellaco la dejó bien preñada y huyó a París robándose todo el dinero de la iglesia cuya custodia me había sido confiada. Después, no tuve más remedio que cancelar la deuda hasta el último centavo. Teodorina, la pobre, avergonzada y hecha una Dolorosa, estuvo casi a punto de suicidarse. A su hija le pusimos Rosina porque Teodora cultivaba rosas en nuestro huerto. Rosas para la Virgen. De las andanzas de Giovanni supe por los napolitanos que regresaban de París o de América. Con el dinero que robó se dio a la farra, a la ruleta y a los placeres de París. Al terminársele su escasa fortuna, como bailaba bien y era, además de joven, muy gallardo, siguió en los cabarets desenvolviéndose como gigoló, croupier, chulo, tramposo y vago. Era de esos que bailan con señoras turistas que pagan por distraerse y aprovechan su viaje a París para ponerle los cuernos al marido aun a cambio de fuertes desembolsos. La redada contra los extranjeros vagos lo hizo emplearse de camarero con unos compatriotas en una famosísima tratoría napolitana. Una noche los dueños del restaurante le advirtieron a Giovanni

que atendiera con el mayor esmero que le fuese posible a ciertas personalidades de rango y, sobre todo, a un caballero de cabellos canos que ocupaba la cabecera de la mesa en la cual departían cordialmente, pues era nada menos el conde Fernando de Lesseps. Recién llegado a París más o menos diez años atrás, Giovannino había escuchado ese nombre con frecuencia en los labios de la gente con motivo de la inauguración del Canal de Suez cuya proeza fue de alcance mundial y le dio prestigio a Francia. Desde esa noche, cada vez que Lesseps, muy esporádicamente volvía por aquel sitio con sus amigos y a veces solo, Giovannino conversaba con él. Era sabido que a Lesseps le agradaba charlar en italiano. Se hicieron tan amigos, que al fin el conde se entusiasmó con Zvaní hasta el extremo de nombrarlo ayuda de cámara. Siguió con él año tras año. Lo acompañó en su loca aventura del Canal Interoceánico que como ya se sabe fue un gran escándalo financiero. Giovannino no supo aprovechar la confianza que el viejo le tenía o, mejor dicho, la aprovechó de modo ingrato y miserable pues, entre suma y resta, le sacaba las cuentas del Gran Capitán y le robó al buen viejo hasta las medias sin quitarle las botas. Cuando llamaron a Lesseps a París con el propósito de que rindiera informes ante los tribunales, Giovannino se fue a Puerto Limón y si te vi no me acuerdo. Con el dinero que había logrado acumular fundó enseguida una tratoría napolitana. Le hacían falta dos criadas que le sirvieran gratis y por eso se casó por poder con Teodorina. Me escribió arrepentido, mandó dinero y yo, de ingenuo, dejándome ambaucar, hice de tripas corazón creyendo que ése era mi deber y, llorando, fui al muelle a despedirme cuando Teodora con Rosina y tú, Danilo, se embarcaron rumbo a Puerto Limón. Teodorina no me quiso escribir por no amargarme la vida, pero unos compatriotas me informaron de todo. Por eso yo sabía plenamente que Giovannino era un canalla de siete suelas. Creo que Rosina fue una inocente víctima de Zvanía. Mi hijo nació y creció en la iglesia pero lleva en el cuerpo demonios insaciables. La que más sufre con tal modo de ser es Teodorina. Puedes estar seguro, Danilo, de que ella ha perdonado a Rosina. Pobre criatura. Desde chica tuvo deseos de ser artista. Pero Zvani es tacaño. Según la carta de Rosina, no sólo la explotaba; quería también hacerla pasto de su lujuría. Es un mal hombre, Danilo, no te conduelas de él. Piensa en Rosina. Piensa que Jesucristo perdonó y defendió a la pecadora. Tú debes redimir a tu madre. Procura ir enseguida a Valparaíso. Tal vez tu buen amigo, que es salesiano, pueda ayudarte y te consiga una cátedra en el mismo colegio en que él oficia. Ya estás graduado. Dios te ha asignado una misión. Prepárate. Tú eres el caballero de la Fe. No pierdas ni un instante y escríbele enseguida a Renato Sant'Elmo.

DECÁLOGO NOVENO



La corvina dorada

Al buen Hipólito le agradaba tener de vez en cuando sus paliques con Juan Chalao. Sólo él podía entenderle ciertas galimatías que los de la isla no lograban captar.

Ladera aseguraba que Juan Chalao sólo tenía conflictos emocionales, pero se rumoraba que el chiflado filósofo sufría de incógnitos ataques epilépticos.

Nadie osaba llamarlo bobo o loco pues, sin lugar a dudas, tenía genialidades dignas del más severo profesor humanista. Criado como un simple bastardo de Bebo Lípero, corría la voz de que era fruto espurio de una de sus hermanas solteronas.

Sólo llegaba a la isla en el verano porque era un gran devoto de María Magdalena. Cargaba el anda de la famosa pecadora con admirable devoción. De modo insólito, nunca aceptaba un trago. Con suma gentileza agradecía las múltiples insinuaciones que Felipe y el grupo de sus demás compinches le hacían para embromarlo, pero jamás los ofendía con la más mínima frase mordaz.

Precoz en sus estudios, sus familiares lo hicieron ir a Europa donde inicióse en varias disciplinas sin decidirse de manera formal por ninguna, y, al conocer la estirpe de varios humanistas geniales, quiso abarcar como ellos tan amplia suma de los conocimientos más dispares, que al poco tiempo regresó a la isla con la brújula completamente desnordeada.

Se pasaba la vida leyendo. Sus tías lo mantenían. No trabajaba. Vestía sencillamente sin la menor ostentación. A veces permanecía en la isla todo el estío. A la hora del almuerzo o de la cena visitaba las casas y jamás le

negaban un asiento a la mesa. Quienes más lo invitaban en verano eran las chicas de la oligarquía por disfrutar de su amenísima charla que entremezclaba declamando la princesa está triste y era una sombra larga, más larga que el carajo, como decía Felipe.

Pobrementemente vestido pero muy limpio y atildado, Juan Chalao se paseaba por las tardes con intención y ademanes de galante doncel. En la playa lo esperaban las chicas para rodearlo y tomarle el pelo de lo lindo. Pacífico como era y hombre de burbujeante ingenio, su manía consistía en cortejar a las muchachas convencido de que bastaba hacerles tilín tilín para que ellas se murieran por él. Amablemente le seguían la corriente y él se hacía el vanidoso e inconquistable. Fulanita está prendada de mí, decía enfatuado, pero prefiero hacerla sufrir.

Jovial, Hipólito se entretenía con él y se enfrascaban en atinadas charlas sobre la **Biblia**. El más somero hecho evangélico para Juan Lípero era la redención de la pecadora con la gran diferencia de que, contrariamente a la bondad nazarena, él no aceptaba el perdón. Desde Eva para abajo la mujer era un foco de pecado. Por eso, aunque las chicas se babeaban por él, había sabido mantenerlas a raya, según él afirmaba.

Opuestamente a su teoría del pecado, era devoto de María Magdalena y de las cortesanas que habían logrado superar la miseria de su existencia pecadora como Tais y Santa María Egipcíaca. Pero el ideal para él era la vida monástica, entendida no como reclusión de arrepentidos sino como un cenobio de mujeres y hombres puros, intactos, vírgenes. Defendía el celibato como la única forma de aproximarse a Dios. Él se había mantenido célibe, núbil e inmaculado. Cuando entraba a la iglesia, lo cual era frecuente, se sentía casi unido a la Santísima Trinidad en cuerpo y alma.

Aun a pesar de su pobreza, mantenía ciertos gustos aristocratizantes como el amor al mar y su perenne entusiasmo por la pesca. Siempre hallaba quien le prestase un chingo y en él se iba desde por la mañana. Las sierras y corvinas que a menudo pescaba las cedía a las familias que lo invitaban a su mesa. Así pagaba su exiguo manducar pues era parco, sobrio e inapetente.

Serafín e Hipólito no lo desestimaban pues era un hombre culto con el que era agradable dialogar sobre diversos asuntos del espíritu. La opinión que la gente tenía sobre Juan Lípero no era del todo edificante lo cual se deducía del mismo apodo que le habían asignado. Para Faustina, en cambio, Juan Lípero era un iluminado y, en ciertos casos, un vidente, pues tenía propiedades carismáticas.

Felipe consideraba a Juan Clalao como a un niño por su pureza, inanidad e inocencia aunque éste lo superaba en porte y en edad. Aun así, lo respetaba con relación al deporte de la pesca. De modo temerario Juan Chalao se adentraba más arriba en barquichuelos de muy poco calado con vela y foque endebles sin temerle al mal tiempo. No era tan sólo la impecabilidad de su técnica en el manejo de botes y en la pesca ni tampoco su impávido coraje. Se trataba, como decía Faustina, de algo recóndito e ignoto, pues tal vez Juancho Lípero siempre iba acompañado de un familiar. ¿Qué es eso? Alguien o algo. Nadie puede saberlo concretamente. Un ser o una fuerza del más allá. Lo que las madres llaman un ángel de la guarda.

Felipe se aficionó a pescar con Juan Chalao. Lo hizo para ganarse su confianza, pues a él lo que en efecto lo atraía era acercarse a las chicas oligarcas que frecuentaba el otro y de ese modo pescar en río revuelto.

Era difícil congeniar con Juan Lípero. No bebía, no fogueaba. Sólo servía de hazmerreír pues las muchachas le tomaban el pelo de lo lindo. Lo acariciaban sin temor. Lo besaban. Se hacían las hechizadas por la mágica fuerza seductora de Juan. Él, de pazguato, les creía a pie juntillas. Con Felipe, a la inversa, se portaban esquivas. Más bien lo despreciaban como diciéndole tú quédate en tu puesto y no te pases de listo.

Felipe estaba a punto de divorciarse de una amistad que, desde luego, le resultaba inoficiosa cuando, de modo inesperado, se abrió en el cielo una esperanza.

Un día Juan Lípero llevó consigo a la isla algo especial. Era una chica bilingüe, joven y casta. Daba gusto mirarla. Felipe se quedó como en ascuas cuando la vio. Las cosas se iban poniendo buenas. Husmeó, indagó, captó. Se puso al tanto de los antecedentes. Balbina había sabido que en la Zona del Canal vivía una bella bastarda que, por ser hija de Cairote, era su nieta. Se entrevistó con Juancho Lípero y éste hizo las gestiones pertinentes a través de la Curia zoneña. Dio al fin con ella en una carpa de Jesús Salva Cuatro. Balbina, que se sentía muy sola entre sus santos, acogió a la devota evangelista con las mayores muestras de afecto. Magda se encariñó con la isla y con la abuela. Balbina recordaba que su hijo Freddy, al regresar de la guerra del dieciocho se enamoró en la Zonal del Canal con una gringa de costumbres poco recomendables, **requiescat in pace**.

Desde esa fecha Maggi hizo visitas esporádicas a la isla vestida con un raro hábito como de monja.

Pertenecía a una extraña cofradía que recaudaba fondos para incógnitas obras de caridad.

En la isla se ganó la confianza de la gente por su increíble devoción.

Viejos y jóvenes alababan a Maggi.

Felipe se moría de deseos. Sólo esperaba la ocasión más propicia para dar el zarpazo. Lo que a él precisamente le faltaba era una bella novicia, y ésta le había caído como del cielo.

Se quedó como en babia cuando Juan Lípero le confesó algo insólito.

Estaba enamorado de la monjita. Juan Lípero le hizo la confesión casi llorando. Finalmente había hallado la dama ideal, la chica pura, la mujer de sus sueños, una especie de Magdalena, redimida con anterioridad a la culpa.

Lo grave era que Maggi le seguía la corriente a su devoto doncel pero, eso sí, había puesto condiciones.

A Maggi le agradaba el pescado frito como sólo Balbina sabía hacerlo ya que ella realizaba el milagro de los peces, pero a la inversa pues lo hacía tan sabroso que, al comerlo, la gente se quedaba con ganas de seguir saboreándolo.

—¿Qué és lo que pide Magda? —quiso indagar Felipe.

—Una corvina.

—Es fácil.

—Nada de eso. La quiere de oro y grande,

—¿De que porte?

—Más o menos de un metro.

—¿Y de oro? No existe tal corvina. Te está tomando el pelo. Las sierras tienen manchas doradas. Consíguele una de regular tamaño. De noche Maggi no podrá distinguir de qué se trata. Ponte de acuerdo con Balbina.

Desde ese día Juan Lípero se empecinó en pescar esa famosa corvina de oro. Se iba desde temprano en su cayuco sin temor a los vientos ni a las

mareas. Además de aparejos y carnadas llevaba su fotuto, caracol cuya calcárea bocina le serviría para anunciar desde lejos el hallazgo de la corvina de oro.

Ya la Cuaresma había pasado como asimismo los días santos y, como era sabido, por Santa Catalina rompen las brisas. Lo decían los ancianos que desde Peñalerta contemplaban el mar y predecían de modo sistemático el tiempo.

—Ten cuidado —le decían a Juan Lípero—. Si te sorprende un Norte te va a llevar Canfinfia.

Él se reía impertérrito. No le temía a los vientos. Lo obsedía la pasión casi lunática de hallar y darle caza a esa ilusoria corvina de oro.

—Es un pez mítico —le decía Seraffín—. Nadie lo ha visto. No vas a hallarlo nunca. Lo que ocurre es que Maggi te está jugando la pacheca. Sólo es un subterfugio. Poniéndote en un brete lo que pretende es escurrírsete. No creas en pájaros preñados ni en peces de las mil y una noche. Lo que puede pasarte es que zozobres y te trague un escualo.

Felipe estaba como en ascuas. Sabía perfectamente que Juan Lípero no iba a lograr su intento. La primera mujer de quien su amigo se había prendado tenía el diablo en el cuerpo. ¿Era del temple de María Magdalena? Todo ello resultaba un embrollo.

Ya oscurecía esa tarde en Peñalerta. Los ancianos se habían ido alejando con rumbo hacia sus casas pues se anunciaba un Norte de rompe y rasga. Sólo quedaban Sócrates Galarza, Plutarco Amaya, Marco Aurelio Mendíquez y Benigno Pascal.

Densos y negros nubarrones se iban aglomerando por el confín de Sotavento.

—Mal va a pasarla Juan Chalao —dijo Amaya.

—La cáscara de nuez en que navega no aguantará el chubasco —terció el viejo Pascal.

—Yo no le arrendaría la ganancia —puntualizó Mendíquez.

Fue en ese instante cuando se oyó el sonoro fotuto de Juan Lípero.

Entre la opacidad vespertina veíase al bote surcando de bolina las encrespadas olas.

Seguía escuchándose de manera insistente el caracol.

—Creo que ha perdido la chaveta del todo —dijo Galarza.

—Ni aunque la vea y la tiene creeré que existe esa corvina dorada —diagnosticó Mendíquez.

—Por lo pronto Juan Lípero se salvó del chubasco —tranzó Plutarco Amaya—. Amanecerá y veremos. Mejor es irse a casa.

Cuando Juan Lípero arribó a la restinga se vino abajo el agua. Inusitadamente entusiasmado, sonó de nuevo su bocina, guardó, sus aparejos, ensecó bien el bote y, cargando en sus brazos la inconcebible corvina de oro se encaminó de prisa hacia el bohío de Balbina.

Ni ella ni Maggi creían lo que miraban. Era algo real y al mismo tiempo maravilloso, mágico.

Ante los ojos de ambas, sobre la mesa, estaba la fascinante y carismática corvina de oro.

—No te quedes extática, Balbina —dijo Juan Lípero—. Dame un cuchillo. ¡Pronto! ¿Cómo quieres las presas, en filetes o en ruedas?

Maggi se había quedado inmóvil, muda, salinizada cual la mujer de Lot.

—Mejor en ruedas —puntualizó Balbina.

—Pásame una vasija.

Dicho y hecho. La dorada corvina quedó enseguida destripada y deshecha.

Maggi seguía perpleja. Frente a un milagro de tal categoría ¿cómo podía incumplir lo prometido?

—Vete a dar un buen baño. Perfúmate y regresa. Tal como estás,apestas.

—Mientras tanto, voy a freír las presas —dijo Balbina.

La noticia de la corvina de oro recorrió todo el pueblo. Nadie quería creer ese prodigio.

Felipe presintió una derrota. Juan Chalao va a foguearse a la monjita. Resolvió cerciorarse de **motu proprio**.

Cuando llegó a la casa de Balbina, la dorada corvina ya estaba frita, fragante, doradita.

Murmuró incrédulo:

—¿Quién puede asegurármelo?

—Fue un milagro, Felipe —dijo Balbina—. Lo grave es que se ha ido.

—¿Quién?

—Magda. Recordé que esta noche debía reunirse con no sé qué cofrades.

Juan Lípero llegó en ese momento, perfumado, acezante.

—¿Qué tal esa corvina? Huele bien. A mí, en cambio, me sigue el mal olor. ¿Dónde está Maggi?

—Decidió irse de prisa. Recordó un compromiso. No tuvo más remedio que embarcarse sin probar la corvina. Dejó esto para ti.

Juan se quedó indeciso, como en babia, pero enseguida reaccionó briosamente. Tomó el billete. Eran diez dólares. Qué ofensa.

—Le llevo la corvina. Métela en una lata bien tapada. Ya el mar está tranquilo. Voy en mi bote.

—No digas disparates —cortó Felipe—. Por más experto y hábil que seas, solo en tu bote no llegarías a la ciudad.

—Sí, puedo hacerlo. Balbina, apúntame la dirección de Maggi, precisa y clara. Soy un hombre formal. Quiero que sepa que cumplo mis promesas. Todo depende de ella.

Felipe resolvió acompañarlo en la chalupa de José Calandraca. No quedaba ni rastro del chubasco. La mar estaba en calma y había luna. La chalupa se deslizaba en orza, proa al viento.